

HUMILDAD Y DISPONIBILIDAD ANTE DIOS

Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el quinto domingo durante el año (4 de febrero de 2007)

La liturgia de hoy nos presenta la vocación de tres hombres muy distintos y en diversas circunstancias; Isaías, Pablo y Pedro.

Isaías es un joven, Pablo un soldado y Pedro un pescador, el Señor los llama a su servicio, les infunde la vocación y les pide servirlos.

El pedido de servicio al Señor no puede darse sin el sentido de vocación a la santidad, luego vendrá para cada uno de ellos el sentido y la particularidad de su vocación. Para cada uno de ellos la llamada divina es precedida por un "teofanía", o sea una manifestación divina. Dios antes de confiar al hombre una misión particular se le revela y se da a conocer. Grandiosa es la manifestación a Isaías, dice el mismo "Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado (Is, 6,1) en torno a él los serafines se postraban en adoración cantando "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del Universo" frente a tal grandeza y santidad, Isaías tiembla; se siente como nunca indigno e impuro para estar en la presencia del Señor, pero cuando siente la voz del Señor dirigiéndose a él "A quien enviaré, quién ira de nuestra parte?" No titubea ni un instante y responde "heme aquí y envíame".

Ciertamente que el hombre no puede por su cuenta y riesgo asumir la misión de colaborador de Dios; pero cuando es Dios quien le llama su indignidad no es un pretexto para echarse atrás.

Del todo diferente es el contexto de la llamada de Pedro para ser "pescador de hombres". La escena no acaece en el Templo como en Isaías sino en las orillas de un lago, es un contexto muy sencillo y humano, no propio del Señor de los Cielos sino del Dios hecho hombre, nacido en Belén, venido a compartir la vida de los hombres. Después de haber predicado desde la barca de Pedro Jesús le ordena echar las redes, "Maestro lo hemos hecho durante toda la noche y no hemos pescado nada, pero en tu palabra echaré las redes (Lc.5,5) Su docilidad y confianza salen premiadas, capturaron tal cantidad de peces que las redes se rompían y llenaron las dos barcas "que casi se hundían". El milagro imprevisible revela quien es Jesús y Pedro cae de rodillas diciendo "aléjate de mí Señor porque soy un pecador".

En presencia de Dios el hombre advierte su nada y su miseria, y ante el gesto de humildad viene la llamada, "te haré pescador de hombres" la llamada es inmediata y también la respuesta. Es la gracia que toca el corazón de hombre y le hace dócil frente al Señor.

En la segunda lectura contemplamos la llamada de Pablo en el camino de Damasco, quedo tan impresionado que durante toda su vida se siente como el menor de los apóstoles (1 Cor 15,8) sin embargo su correspondencia es plena y puede atestiguar que la gracia de Dios no fue en él estéril.

Contemplamos este domingo tres vocaciones diferentes pero una misma actitud, la humildad y la disponibilidad frente a Dios.

Dios llama a todos los hombres de buena voluntad a seguirle en los caminos de la santidad y la evangelización, Él golpea como dice en el Apocalipsis, el corazón de todos los hombres quien quiera escucharle y abrirle el corazón. Él entrará en él y será su amigo, y ciertamente la gracia comenzará a operar en su persona. Es necesario tener tiempo para escuchar su voz, darse tiempo durante el día en un momento de descanso, preguntarle, hablarle, dejarle entrar y Él entrará en el corazón.

Muchas veces en los tiempos de hoy no le dejamos espacio a Dios, por cualquier motivo, pero especialmente porque no es indiferente, la indiferencia del hombre ante Dios es la peor de las actitudes, es por eso que el desconsuelo ante la adversidad es grave y común en el hombre de hoy, no logramos la paz y la serenidad para vivir. Es necesario escuchar a Dios, y que sea Él quien conduce nuestra vida en todos sus aspectos.

Que la Virgen Madre que nos conduce al Señor sea nuestra consejera y ella nos abra el corazón de Dios y nos allane sus caminos.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú